



¿Por qué estoy aquí? ¿A qué vine en este preciso punto de la vida? Nadie sabría decirlo. Siento el impulso de buscarle alguna razón y fundamento posible. Muchas cosas significativas, solas, a uno lo encuentran. O caminan y uno a veces puede notarlas. Sé que pertenezco a un lado social e histórico del mundo, aún anhelante. Las equivalencias se ensamblan. No sabía ni esperaba una cosa así en este pueblo donde por el anuncio que encontré en una revista de inmuebles, vine a comprar una casa para restaurar. Mi ignorancia de los entretelones de la llamada Guerra Civil Española aquí, y en cualquier otro de sus escenarios, era supina. Voy apenas saliendo de la oscuridad, en torpes manotazos. La delicada obra de estos muchachos se me revela en los textos que Demófilo escri-

bía para luego arengar en las asambleas de la Federación de los Trabajadores del Campo, o del incipiente Partido Sindicalista que en el 1936 estaba herido, agonizante con el fallecimiento de Ángel Pestaña.

Pero, las cosas se pintan distintas después de la rabia y las muertes planificadas con esa pedagogía de la violencia tan bien formulada: "¡que sientan terror!". ¿Qué es lo que ha ocurrido en estas tierras? ¿Por qué tal ensañamiento y desolación? Dicen que al tren lo quitaron por rencor. No les gustaban los recuerdos que traía la máquina resoplante cortando el horizonte, en las vías hoy inutilizadas. Durante los fatídicos años de guerra, llevó a Madrid vagones con hombres, armas y víveres bajo el lema AYUDEMOS A NUESTROS HERMANOS. Gente de aquí y de Cataluña en el mismo tren para auxiliar a la heroica ciudad capital sitiada. En tres ocasiones intentaron cerrarla completa, asfixiarla de miedo, de bombas y de balas. En vano.

Hace muchos años quitaron también el puente sobre el río que atravesaba aquel tren. Lo rompieron para que no hubiera accidentes! Por primera vez lo ridículo me hace reír, genera las muecas del idiota que sonríe.

Empezó entonces a despoblarse. Tal vez no sólo por el rencor. Ahora pienso en los genios de la ingeniería aplicados a los pueblos! Sí, quitaban el tren y con ello cubrían de vacuidad necesaria el área porque no querían aglomeraciones. Los ingenieros nucleares en un raptó de humanidad decían: hay que prevenir accidentes. Un accidente en la central nuclear que instalarían ahí cerca. Y... ¿qué son cinco, diez kilómetros para las nubes radioactivas? Nada de pueblos importantes en las inmediaciones. Ninguna duda. Un país de concentraciones en polígonos de diversa índole que garanticen energía reunida, corredores industriales, urbanizaciones en determinados puntos con las casas apiladas unas encima de otras como cajas de zapatos, hay que desarrollarse que más adelante aguarda el bienestar... No, el tren era un obstáculo, modernas ideas, ecuaciones que reemplazan otras ecuaciones, el camino va por el aire,

corredores aéreos para el país moderno de sol, patrimonio y servicios. Tampoco querían jornaleros, ni aldeanos que estorbaran el novedoso plan. En frecuencia de pocos minutos los aviones braman lejanos en lo alto del cielo, unen la península con Centroeuropa. ¿Y la tierra? La España ubérrima de frutos de la tierra ya pasó. Además, sesudos cálculos de gente que estudia baremos y curvas pronostican que vendrá un futuro de amplias extensiones desérticas, la lengua seca del África a la que estuvimos siempre conectados por geografía e invasiones, llegando hasta aquí. Lamerá Europa que sólo podrá preservarse edificando ciudades para la inteligencia, ciudades de científicos y técnicos. No. Nada de pueblos bulliciosos con vida propia, contruidos hombro con hombro, tributarios del culto a la diferencia.

Hasta hace unas décadas contábamos la prosperidad por las mulas que cada paisano tuviera. Pasó eso. Ahora con los tractores nos ahorramos hierbas e invernadas. Ellos conectan las tierras parceladas, generan sembradíos de grandes extensiones con el horizonte cortado por las montañas. De a poco el trenecito será una pintoresca anécdota olvidada, tendremos hoteles y cotos de caza a los que se llegará por vía aérea. Aquellas laboriosas extensiones punteadas de pueblos serán cosa del pasado.

La gente emigra a las ciudades, es una fatalidad incontenible, las casas descascaran sus recuerdos en mamposterías hacia dentro, hacia profundas escombreras que no esperan restauraciones. Propósitos vacíos, derrotados desde otro ángulo por desastres imprevistos que nos ponen sañudos buscando en el fondo lejano del alma, imágenes de arcadias desaparecidas. Ah, chernoviles con cuotas de muertes imprecisas, por siempre pudriendo el aire, la tierra y el agua donde insiste la vida deformada y maltrecha. Dicen que, en algunos países, se recupera el uso de la tracción animal para prescindir del petróleo y de los fertilizantes químicos. De nuevo bajo las lunas los burros que rebuznan ubicuos en las noches. No. Aquí no vamos a desandar caminos... que mucho costó

transitarlos. Deje Usted esas ruinas allí que hasta pueden convertirse en fetiches para los turistas. Con unas cuantas casonas reformadas, centros de interpretación y buenos programas de viajes vendrá gente con dinero fresco, no ese arrugado en los entresijos del bolsillo de los paisanos. Tenga en cuenta que aquí siempre fue sobrio el pasar de la vida.

Interesa esa gente que viene y se va, que no se adhiere a nada, que pasa. Y así nos desentendemos de las ilusiones de poblamientos farragosos. Gente que aprecie el paisaje, sí, pero incidental, semoviente, ya digo, que viene y se va.

Pero, aún tengo preguntas. ¿Qué es esta pulcritud en las calles, en el aire? ¿No hay sonidos de población, ni humos de alguna chimenea? ¿Dónde las sombras de mártires y verdugos? Por esta calle Mayor arrestaron al que los había amenazado cubriéndolo de injurias vengadoras. Eso todavía algunos lo saben, aunque dónde lo fusilaron no lo recuerden. Que lo hicieron estoy seguro pues durante años hubo una placa en la fachada de su casa donde el rencor hablaba. Cuando también hablaban los nombres de las calles general Mola, Sanjurjo, Yagüe, esas que ahora ponen Lechuga, Carnicería, Minarete, Las Palmeras... Lo más asépticas, para que nadie se excite o piense siquiera, en el nombre a cuyo lado pueda latir el crimen. Pulcritud de los diez habitantes actuales, contra los mil que había. Huérfanas memorias se airean en las calles. No nos cruzamos con nadie.